



QUEHACERES DE MARIA Y DE MARTA EN LA ESPAÑA NUEVA

Deslizando su mano menuda en la mía:

—Mamaíta—me dijo—, ¿verdad que no me llevarán de aquí?

Yo la miré hondamente perpleja, conmovida hasta en lo más profundo del ser. ¡Mamaíta!... Tenía una cara pálida de hambre y de só-tano, y una mirada espan-tada de haber visto dema-siado. La tomé en los bra-zos. Y la tibieza blanda de su mano se deslizó por mi cara.

—Mamaíta... Mamaíta... —volvió a repetir—. ¿Por qué lloras?— preguntó des-pués.

Yo no pude contestarle. No supe contestarle. Solamente la besé como hubiese besado a mi hija. Como su madre la hubiese besado.

Era una nena huérfana de nuestro Hogar de Vida-nia. Que yo veía por pri-mera vez. Que por primera vez me veía. Una tragedia familiar, una de las infinitas tragedias anónimas de Es-paña —el padre caído en nuestro frente, la madre, fu-silada «del otro lado»—, había derrumbado su mun-do pequeño, trastornaba sin duda, en su pequeño cere-bro, el sentido real de las cosas, de los hechos, de los conceptos.

¿Por qué llamaba «mamaíta» a una mujer desconocida? ¿Un parecido quizá? ¿Un hambre insaciada de ternura? ¿Un impulso instintivo a cobijarse en una feminidad?

En ese instante en que yo besé a la niña pálida que me llamaba «madre» comprendí toda la magnitud del maravi-lloso campo de acción que nuestra Patria brinda hoy a sus hijas. Y vi el camino a seguir: ser María —amor y compren-sión— junto al hondo dolor que por todas sus heridas emana el alma de España, y Marta, fecunda y eficiente, ante la tarea material de curarlas.

Nuestra España necesita de todas sus mujeres. Pero en contraste con la España que oprime el marxismo, no les exige que se conviertan en «fundidores», mecánicos, electricistas o químicos (*Frente Rojo*, Valencia, 13 enero 38); no quiere

esas lamentables caricaturas de hombres contra las cuales se revuelve el propio comunista protestando «¡Que a él no le mandan mujeres!» (*Mundo Obrero*, Madrid, 8 enero 38), sino todo lo contrario: espera de ellas que apliquen a la alta labor de la reconstrucción nacional precisamente sus caracte-rísticas más delicadas, más nobles, más eficaces: ternuras de Marías y saberes hacendosos de Marta.

España quiere que sus mujeres le sirvan únicamente como mujeres. Que «hagan Patria» únicamente como muje-res. Que su esfuerzo y su trabajo respondan exactos a sus posibilidades mentales y físicas. (A este fin irán encauzadas las leyes protectoras del trabajo femenino.) Pero al recono-cerles todas las prerrogativas de su sexo, exige de ellas tam-bién la implacable consciencia de la hora que atravesamos.



Cara al sol...



Les exige un máximo rendimiento en servicio y sacrificio. Les exige conocimiento y renunciamento: conocimiento de sus deberes y renunciamento a egoísmos, frivolidades, ambiciones personales y pequeñas.

La mujer que quiere el Nacional-Sindicalismo, como ha dicho Pilar Primo de Rivera, ha de ser «austera y alegre, formada con la doctrina cristiana y nuestro estilo, útil en la familia, en el Municipio y en el Sindicato». Y ha de saber convertir la dura vida que nos aguarda —y que voluntaria-mente querremos áspera con tal de hacer más llevadera la de otros hermanos nuestros— en una vida llena de belleza y de alegría. Alegría y belleza que nuestras Secciones Femeninas enseñarán a poner hasta en los gestos más nimios y las cosas más pequeñas de la existencia cotidiana.

La mujer que quiere el Nacional-Sindicalismo ha de saber de las necesidades de su pueblo. A través de sus instituciones habrá llegado hasta su entraña dolorosa. La Hermandad de la Ciudad y el Campo le habrá enseñado lo que significa el sudor de una frente y los callos de unas manos. Y lo que cuesta arrancar del seno de la madre tierra sus frutos. Y lo que agotan las horas sobre los surcos, espalda al sol.

El Auxilio Social la habrá conducido hasta las viviendas lóbregas donde se apiñan en haz de miserias familias enteras. Y habrá escuchado el llorar de niños con hambre. Y habrá sentido frío en los hogares sin lumbre. Y pesar de corazón ante pesa-res ajenos.

La mujer que quiere el Nacional-Sindicalismo, al conocer los dolores de su pueblo, sabrá lo que le hace falta, y lo que pide y lo que es indispensable darle. Y comprenderá el por qué de las privaciones que hemos de imponernos y de los sacrificios que se nos exigirán. Y abarcará plenamente el sentido re-volucionario de nuestro Movimiento, rectificador de pasados errores y de pasadas negligencias. Y se afirmará en ella la consciencia de la responsabi-lidad individual, el sentimiento punzante de «yo he contribuido a esto» y el impulso generoso de «yo voy a ayudar a remediarlo».

Conocimiento es comprensión. Comprensión, ayuda. Ayuda mutua, solidaridad.

La mujer que quiere el Nacional-Sindicalismo, tiene que estar impregnada de ese sentido social tan profundamente cristiano que es la disposición a sentir, a ver las reper-cusiones, aun las más lejanas, que sobre la moralidad, el trabajo y la salud de los otros —sobre el bien general— pueden tener hasta las acciones más corrientes de nuestra vida.

Tiene sentido social —y, según palabras que no son mías, «quien ve a través de los primeros planos engañosos, al hombre». Detrás del mostrador, al empleado. Detrás de la locomotora, al fogonero. Detrás de la cosecha, al labrador. Más allá de la producción, y aún detrás del obrero, a la familia, a la colectividad, a la nación. Colocando siempre por encima del «yo» egoísta el «nosotros» de la hermandad.

Quehaceres de María y de Marta aguardan a la mujer en la España nueva. Tareas anónimas y disciplinadas que exigen exaltación de Fe y voluntad de servir. Y que, sin aspiración a mayor premio que la paz que trae consigo el deber cumplido, obten-drán, no obstante, de vez en vez, un galardón de maravilla.

—Mamaíta —me dijo la niña pálida del Hogar de Auxilio Social — «qué bien estoy aquí...»

CARMEN ICAZA



Comprensión amorosa de María...



Tareas hacendosas de Marta...